



Memorias de la clase muerta
Poesía cubana 1988-2001

Compilación de
CARLOS A. AGUILERA



PRÓLOGO SIN CREDENCIALES

1

Sí, el sueño podrá radicar, en un futuro, en Disneylandia. ¿Cómo sería eso? Eso sería como el cumplimiento de la muerte de la Ideología.

Vean, quizá sea sencillo de explicar. Una vez convertida la Ideología en harapos, es fácil manipular sus restos hasta llegar a poder convertirlos (a los harapos) en las estructuras de un gran parque de diversiones.

Esta Disneylandia, este parque de diversiones, podría ser el porvenir de la Nación. Grandes cúpulas podrían coronarla, y los públicos, turistas, de todos los pueblos, podrían ser sus asiduos visitantes.

¡Disneylandia, en la Isla! Esta maravilla de futuro podría estar radicada o en la Sierra Maestra o en Topes de Collantes. Esto sería el parque de diversiones más hermoso del mundo. Ahí, diariamente, se exhibiría el espectáculo, ante los ojos de los consumidores mundiales, de esa Ideología ya convertida en jirones, pero que por efecto de las luces, de los sonidos, de los grandes aparatos, de los ovnis de diversión, contendría dentro de ella —y a módicos precios servidos por agencias de turismo españolas o francesas— los episodios heroicos de lo que fuera ese momento de la guerra fría en que la Ideología alcanzó su definición mejor.

¡Se imaginan el espectáculo! Al futuro de la Nación no le queda un porvenir más espléndido.

Pues “La oportunidad de hacer —nos dice un miembro de la clase muerta, el poeta Rito— con la poesía, al menos, otra cosa”.

Así como también nos dice Rito, DE LA TRANSFICCIÓN: “Ser acaso un enorme / es / quema y ser, una reminiscencia”. Y eso, como se puede ver, no deja de estar bien. Por ahí puede andar

la cosa para llegar a alcanzar, en el futuro, las cúpulas sacras de Disneylandia.

Y que a los lectores de esta antología que ahora, de manera inaudita, me atrevo a prologar, les pueda servir este imposible posible sueño de Disneylandia en la Isla, como preámbulo para mejor leer a los poetas que, como chinos desplegados, ahora vamos a ver correr ante nuestros atónitos ojos.

Mao y Chopin, o un "Régimen de Asturias" (y de este "Régimen" bien nos sabe decir otro de los buenos de esta clase muerta que ahora me honro en prologar, el poeta y "gran mirante" Ismael González Castañer, quien atrevidamente sabe desplegar esos parthenones que uno sabe que han existido, por lo menos si no afuera, sí dentro de uno).

Y es que con esta antología me están sucediendo, a medida que la leo y releo para hacer este prólogo, cosas que sólo puedo calificar como pertenecientes al delirio.

Pues, entre otras cosas, me sucede que creo ver, como si fuera bajo una alucinación, a los poetas de esta antología metidos dentro de un circo.

O entonces siento que ese circo es la premonición de esa Disneylandia que quizá se instale en Topes de Collante.

O me veo, frente a un canal de esta orilla donde vivo (esta horrible orilla está llena de horribles canales), asaltado por una turba de muñequitos que al final resultan ser chinos ectoplasmáticos.

O —y esto es lo más inquietante— me veo asaltado por una pesadilla que consiste en una devastación que estaría arrasando al Hotel San Luis, sito en la calle Belascoaín de La Habana.

2

Los poetas de esta antología proponen cosas peregrinas. Por ejemplo, uno de ellos (quien también pregunta: "¿dónde está el sol?", y enseguida afirma: "sordo el pianista ríe / como un idiota"), cuyo apellido es Saunders, nos muestra lo siguiente: "urinario en forma de gato jaspeado". Pero ¿cómo supo Saunders que antes, antes de la devastación, o antes del tiempo en que la Ideología se convirtiera en harapos, un urinario podía tener forma de gato jaspeado? No, él no lo sabe. Así como los otros poetas de esta antología tampoco

aciertan en encontrar la forma que, en el pasado, pudo tener lo que ahora es sólo una destrucción.

Así que, como consecuencia de este buscar y no encontrar, la cosa se pone buena, buenísima, ya que los poetas antologados, buscando ese pasado que ya todos hemos perdido, se ponen, con los ojos vendados, a tratar de golpear a la piñata. Y esto sí que no puede menos que encantar al Lector.

Y ¿me propuse algún bosquejo antes de intentar este prólogo?

Me lo propuse. Por la noche, frente a una luna adelgazada que acabó por ser una luna alquímica, me leí por enésima vez a los poetas de esta antología, y después de pensar en lo que ellos llegarán a ser, antes de que se llegue a ese futuro en que levantadas las torres de Disneylandia podamos todos tener una nación (y, por cierto, he pensado en la posibilidad de que, semejantes al Cucalambé, ellos terminen mientras tanto con sus huesos en Alemania, o bien que ellos, reclutados en un trasatlántico —frío circo de la noche—, se dediquen a construir esculturas de hielo).

¿Un bosquejo? He aquí lo que he logrado soñar:

—soñé que, tal como sucedía en la "Aurora Consurgens", ese texto, que desde el delirio dictó Santo Tomás de Aquino, irrumpía la Nigredo, con todas sus inundaciones;

—entonces supe, con esas inundaciones, que el *Ánima* se había puesto los extraños nombres (ya veremos, abajo, lo que quiero decir con esto);

—pero, entonces, las palabras se volvieron tartamudeo (es el tartamudeo que tantas veces podemos encontrar en los poetas de esta antología que prologo);

—hasta que, al fin, se vislumbra el circo, el parque de diversiones, o la Disneylandia futura en que la otra orilla podrá llevar a cabo una catarsis colectiva.

3

Le envié a C. A. Aguilera el siguiente email: "Playa Albina, 02. Querido Carlos: ¿la antología se llamará *Memorias de la clase muerta*? Necesito saber por qué se llama así. Estaré escribiendo el prólogo y también necesitaré que, continuamente, vayas respondiendo a mis preguntas. Venceremos, Lorenzo".

Entonces C. A. Aguilera me envió el siguiente email: "Liebe Lorenzo, sí, la antología se llama *Memorias de la clase muerta*. En principio toma parte del nombre de la obra de Tadeuz Kantor: *La clase muerta*, y muerta porque es la clase improductiva, la que apenas tiene valor de uso, la que no va a ninguna parte, algo así como la clase de los idiotas SIN familia. Yo creo que todo esto tiene que ver también con el Instituto Benjamita. Desde que leí ese libro me pareció que la institución poesía es una especie de escuela para desaprender a ser útil, por lo menos de la manera que a mi mamá le hubiera gustado que yo lo fuera.

Para Kantor, la clase muerta era también la más viva, ya que fuera de todo *compromiso* social podía ser, entonces, muy creativa.

La cosa va por ahí.

Un Tiramisu y velitas.

C".

Bien pues. No voy a tratar de conseguir *La clase muerta* porque, quizá —¡prejuiciado que soy!— como en esta Playa Albina puede ser que no esté ese libro, habría que pedirlo a España, y esperar al avión, y esperar días, semanas, o no se sabe cuánto tiempo.

No, no voy a tratar de conseguirlo. Pero eso sí, aunque no voy a leer el libro de Tadeuz, sí me voy a justificar con lo que me ha dicho, en el email, C. A. Aguilera.

La clase muerta ha dicho Carlos en su email, y muerta porque es la clase de los idiotas, o porque tiene como escuela el desaprender —¡Qué bueno es desaprender! ¡Qué bueno hubiese sido que los jesuitas, quienes fueron mis maestros, desde un principio me hubiesen enseñado a desaprender!

Pero los malditos jesuitas... ¡Qué se le va a hacer! No me enseñaron nada que no fuera el Infierno. Y mucho menos me enseñaron a desaprender. Pero, a otra cosa. Así que, entonces, *La clase muerta*, puedo añadir, y muerta porque, sobre todo, al poder yo pertenecer a ella, me justifico de no tener credenciales de prologuista, ni de nada que se le parezca.

Ya se sabe, entonces, y que la cosa se arregle como pueda: yo entro, en una antología de clase muerta, o de SIN familia, o de lo que sea, a prologar desnudo, a prologar sin nada: a prologar sin credenciales.

Esto, quizá, se pudiera poner bueno.

¿Qué podrá ser eso de prologar una antología? Algo sobre *actuales...*, algo sobre jóvenes..., algo sobre cubanos...: ¡una antología!

¿Qué hago frente a una antología? ¿Qué es eso de unos cubanos, y para remate jóvenes, escribiendo poesía? Y ¿por qué, al tratar de fijar todas esas preguntas —preguntas que saltan como ranas—, sólo me queda una visión blancuzca, una emulsión blancuzca?

Una emulsión blancuzca y..., a poco que me detenga frente a ella, vuelven a saltar más ranas. ¿Qué puedo hacer? O..., ¿qué dirán los profesores? Pues los profesores viven bajo el canon, y los profesores todo lo ordenan, y los profesores son —como los niños— la esperanza del mundo. ¡Los profesores sí saben hacer prólogos! Pero yo no sólo no sé hacer un prólogo, sino que me detengo, paralizado, ante eso que comencé diciendo: actuales..., jóvenes..., cubanos...

Confieso, sin embargo, que en 1961 me convertí en antologador. ¿Cómo pudo ser eso?

Recuerdo, 1961, que yo acababa de escribir el palíndromo autista más enrevesado que nadie pudiera proponerse. O sea, yo ya entonces dentro de la clase muerta —aunque sin saberlo ya que en aquel entonces no habían nacido, o casi no habían nacido, los poetas de la diáspora— me metí, sin embargo, en unos cuentos *salsipuedes*, titulados *cetrería del títere*. Me metí, pues, y todavía no sé como pude atreverme a eso.

Pero, siguiendo con lo que debo decir en este prólogo, resultó que, desde el *salsipuedes* de aquellos cuentos que me propuse en la *cetrería*, me entró, no se sabe de qué manera, la corcomilla de relatar las sombras que podían acompañar a lo que tuviese frente a mi mirada.

La obsesión... O sea, fue que yo, también me aluciné con las sombras que pudieran acompañar a los patinadores cuando se deslizaban por una pista de hielo. Me obsesioné, y ya comprometido en la absurda tarea de componer una antología de la novela cubana, la compuse, toda ella, no pensando en ningún discurso histórico, ni racional, sino sólo —¡qué locura!— teniendo como modelo esas sombras que podrían acompañar a los patinadores. ¿Se entiende esto?

No, sé que no se podrá entender esto que hice en mi antología. (Una antología, que, increíblemente, por haber revelado a la figura más tremenda de la novela cubana del siglo XIX, Ramón Mesa y Suárez Inclán, se convirtió en un texto importantísimo, en el texto que supo descubrir lo que ningún sesudo profesor, ni insoportable investigador, después de incontables años de estudio, había logrado ver nunca. O sea, para decirlo más claro: que sin saber cómo hacer una antología, acabé haciendo una de las mejores antologías que se han hecho en la Isla.)

En fin, lo que estoy queriendo explicar es que, como no tengo credenciales para ser prologuista de una antología, sí tengo que ser, sin duda, prologuista de esta diáspora de la clase muerta.

Yo vivo en una Playa Albina y...

Pero... ¡para cocherol!; cocherol, para; para cocherito que... Pues no debo precipitarme.

No debo precipitarme. No debo decir cosas de las cuales, después, pudiera arrepentirme.

No, no debo precipitarme para luego arrepentirme.

No es correcto y, sobre todo, no es profesoral comenzar un supuesto prólogo a una antología diciendo que yo vivo en una Playa Albina. Pues es posible que yo nunca llegue a saber que cosa puede ser un prólogo a una antología de jóvenes poetas cubanos, pero eso sí, yo debo responder al requisito que exigen los profesores: ser serio.

Yo debo ser profesoralmente serio, aunque nunca me han dejado ser profesor (y esto es una historia que me ha sucedido en esta maldita Playa Albina donde vivo, y que algún día debería contar, pero que, por supuesto, no tengo por qué contar aquí) y aunque nunca, tampoco, he podido ser serio a la manera magisterial. Pero, a ver como me sale la cosa.

5

Y yo el Lector, o el prologuista, o como se le quiera llamar, confieso que trajinando con los poetas de esta antología, me encuentro con rusos, con ratas, con chinos, con cerdos, con tractores.

A veces pienso en alguna escena del novelista Pynchon.

Y pienso que se puede construir como una historia de lo no narrable (es decir, de lo que no tiene un desarrollo sinóptico).

Y al pensar esto toco un hueso último.

Y me parece que con este hueso último se puede ir alcanzando ese imaginario donde ya no esté eso, traducción de lo francés bonito, que tanto nos ha esclavizado.

6

Y, vamos a ver, yo les diría que lo lindo de la cosa es que hay gotas de sueño. Y más, yo les diría que lo más lindo de la cosa es que, actualmente, ya hay jóvenes hispanoamericanos —cubanos, como los de la diáspora— que ni se traban con un discurso estereotipado, ni tampoco se traban en el discurso surrealista de los mœsiú franceses (y estando en eso, estando en las razones de evitar ese discurso francés que quedaba a noventa millas de Cuba, podemos citar, por ejemplo, estas palabras —palabras quizá injustas, lo reconozco, aunque...— del poeta norteamericano Charles Simic: “creo que a los poetas en Estados Unidos nos gusta más el surrealismo latinoamericano que el francés. Nos parece que el surrealismo francés fue demasiado académico, un poquito deliberado, más como para estilistas, aburrido, y te estoy hablando de poetas como Breton, Éluard, Aragón, Peret. Me parece que leer a Huidobro es mucho más interesante”), sino que, contrarios a toda estereotipia, rondan y rondan en torno a las gotas del sueño.

¿Las gotas del sueño? ¿Qué quiero decir? Bien, como se trata de gotas que también pueden filtrarse en el mundo de la vigilia, y como además, lamentablemente, es posible que yo esté escribiendo este prólogo bajo los efectos del delirio, voy a traer las palabras de un gran onirólogo mexicano, el narrador Hugo Hiriart, autor de una *Sobre la naturaleza de los sueños*.

Hiriart nos dice sobre las gotas: “Aunque constituyen nuestra más recóndita intimidad personal, se los ha pasado por alto. Son *terra incognita* situada en el corazón de nosotros mismos. Estos elementos implican un modo de ser maravillosamente fino y sutil e inmensamente complejo. / Nuestra intimidad recóndita no se construye con ideas discursivas, sino con estos jirones, con estos átomos

tumultuosos, invisibles, pero operantes, en la vigilante conciencia a la luz del día”.

Gotas del sueño, átomos, jirones —sobre todo jirones—, aquí está la cosa. Esto es estar, por ejemplo, bajo la lluvia, pero no para bañarse bajo un discurso de aguacero surrealista convencional, con sus flechas congelados por la estereotipia, sino para recibir, directamente, la radiación de los jirones que son fragmentos, de los fragmentos que son átomos.

¿Se entiende? Pues es que lo mejor que tiene la aportación de estos poetas de la clase muerta es que su discurso no quiere ser discurso, sino jirones, átomos que caen sobre sus gotas del sueño para así descomponer las palabras. Y eso está bien: los poetas de esta clase muerta no se mojan —cuando les cae la lluvia— con agua de un Saint-Jun Pérez traducido, sino con gotas del sueño, o con gotas —caídas como perdigones— del inconsciente.

Por eso, antes que empezar a buscar símbolos, o antes que insertar un discurso dentro de un contexto, creo que es más recomendable, al enfrentarse a estos poetas, hacerlo con una lectura que pudiera calificarse como lectura de astillas.

7

Nada de contextos, entonces, para acercarse a los poetas de la clase muerta. Nada de contextos, ni de Historia. A lo más, si se quiere, profundizar en los chinos que, extrañamente, también como si fueran perdigones, a veces resbalan sobre los textos de esta antología. ¿Por qué resbalan, y caen como paracaidistas, esos chinos? No se sabe, o no hay necesidad de saberlo. Lo bueno de los chinos que aparecen aquí es que no hay que explicarlos, ni insertarlos en la Historia. ¿Son chinos como puro significante? Quizá no. Pero lo bueno de todo esto es que, sean o no significativos, con los chinos de esta antología no hay que hacerse mucho coco.

No hay que hacerse coco con estos chinos. No hay que buscar a Derrida, ni buscar parámetros posmodernistas para explicarse a los endemoniados asiáticos. No, sólo hay que buscar, a lo más, la razón de unas ratas con las que abundantemente trata el poeta C. A. Aguilera.

Unas ratas, Mao, o unas cápsulas extraídas del Capital, y todo esto explicado por el Aguilera poeta, bastan para darnos una como camaleónica justificación de los chinos. ¡Qué bueno!

Así que, repito, no hay que hacerse mucho coco, pero debo confesar que los chinos han podido llegar a gustarme mucho. No sé..., no sé como explicarlo, pero me sucede que es como si hubiera un descampado, como si todo se hubiese perdido y, entonces, veo a los chinos cayendo sobre las páginas de esta antología.

Pero ¿esta visión que consistiría en sentirme como en un descampado, y entonces ver a los chinos de la otra orilla (no olvide el Lector, si es que tengo un Lector, que yo soy el prologista que está en una orilla —en la orilla albina—, y que esos chinos se están paseando por una antología que procede de la otra orilla, la orilla que está en la Isla. Pero ¿cómo carajo un lector, extranjero, va entender ese berenjenal bendito que consiste en las dos orillas?), qué puede significar? Bueno, esto que lo explique el León de Damasco. Como ya he dicho, hay gotas de sueño, átomos de la vigilia, y a esas gotas, y a esos átomos sólo hay que dejarlos resbalar por encima de uno.

No hay, pues, que buscar a la Historia, ni hay que buscar a los profesores para que nos expliquen la cosa. Un poeta de esta antología, Pedro Marqués, nos dice: “se explica sin explicar”. Y es que en el mundo de las gotas del sueño, en el mundo de las astillas, o de las hilachas, o de los jirones, no hay explicación que valga. Pues, sigue señalando Pedro Marqués, lo que se acaba de decir se borra inmediatamente “en una escritura intensidad/ pero no es escritura la palabra exacta/ (exacto es claro de bosque)”.

8

Y todo esto, recuerden, toda esta expresión poética, está rodeada por extrañas manifestaciones del Ánima. Esto, por supuesto, no aparece en los poemas de la antología, pero esto, el Ánima, es el supuesto que rodea a esta antología de la clase muerta. Pues el Ánima, ya se sabe, es más que importante (y si no, pues, que se lo

